PARA SENTIR LA POLÍTICA GLOBAL. EL IMPACTO DEL "GIRO AFECTIVO" EN LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Feeling Global Politics: The Impact of the "Affective Turn" on International Relations Theory

AUTOR
Leonardo Frieiro
IIGG-UBA-CONICET

Cómo citar este artículo:
Frieiro, L. (2024). Para sentir la política global. El impacto del "giro afectivo" en la teoría de las relaciones internacionales. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 19, 153-178.

Artículo
Recibido: 14/11/2024
Aprobado: 17/12/2024

RESUMEN

El artículo busca explorar cuál ha sido el impacto del “giro afectivo” en la disciplina de las Relaciones Internacionales. Esto es, de qué manera las preguntar por la relevancia del afecto, las emociones y el cuerpo se han insertado en las reflexiones acerca de los procesos político a escala global. Para tal fin, buscamos reconstruir la influencia de conceptos, categorías y preocupaciones teóricas formuladas desde el giro afectivo a diversas corrientes teóricas de las Relaciones Internacionales, en particular el realismo, el liberalismo y el constructivismo, como las consecuencias teóricas que esto supone para la comprensión de los fenómenos de la política global.

PALABRAS CLAVE: RELACIONES INTERNACIONALES; GIRO AFECTIVO; POLÍTICA INTERNACIONAL; TEORÍA POLÍTICA.

ABSTRACT

The article aims to explore the impact of the "affective turn" on the discipline of International Relations. That is, how the questions about the relevance of affect, emotions, and the body have been integrated into reflections on political processes on a global scale. To this end, we seek to reconstruct the influence of concepts, categories, and theoretical concerns formulated from the affective turn on various theoretical currents of International Relations, particularly realism, liberalism, and constructivism, as well as the theoretical consequences this entails for understanding global political phenomena.

KEYWORDS: INTERNATIONAL RELATIONS; AFFECTIVE TURN; INTERNATIONAL POLITICS; POLITICAL THEORY

INTRODUCCIÓN

Afirmar que las emociones importan se ha convertido en una máxima fácil de encontrar en la teoría social y política contemporánea, así como en las ciencias sociales y las humanidades en general. Esto es así no sólo porque, como afirma no sin una cuota de ironía Leonor Arfuch (2016), en los últimos años la "emocionología" pareciera haberle ganado la batalla a la ideología; si no también por lo atractivo de las promesas epistemológicas con las que el "giro afectivo" se insertó en el pensamiento social y político. Como señala Magalí Haber (2020), el "giro afectivo" elevó la voz frente a una serie de insatisfacciones con buena parte de la teoría social y política frente a las que remarcó en particular "el olvido" del cuerpo por parte de las ciencias sociales y las humanidades, y su arrojo hacia otras disciplinas científicas, en particular hacia las ciencias naturales. Así, haciendo un resumen escueto, el "giro afectivo" se presentó a sí mismo como un reencuentro de las potencialidades del cuerpo para las ciencias sociales y las humanidades que se haría visible por medio de la caída de los dualismos planteados entre el cuerpo y la mente, la razón y la pasión y la naturaleza y la cultura, propios de los enfoques epistémicos ligados al racionalismo, el positivismo y en la noción moderna del individuo, así como su correlato metodológico a la hora de pensar lo social. Este "reencuentro" de las ciencias sociales y las humanidades con el cuerpo y sus posibilidades se haría corpóreo mediante la introducción de la noción de afecto, pensado ahora como una fuerza o intensidad que circula de un cuerpo hacia otro, y cuyas resonancias generan un efecto. La potencia de ese efecto es de tal dimensión que el afecto es presentado principalmente como una fuerza de encuentro (Seigworth y Gregg, 2010). Estas fuerzas afectivas se definen, como describe Solana (2020), por ser no-conscientes y no-verbales, si no por ser el resultado de una experiencia sensorial que resuena en la biología misma del cuerpo de los individuos. Aquí comienza un primer obstáculo analítico a resolver desde las perspectivas que se sitúan dentro del giro afectivo: el afecto y sus potencialidades sólo adquieren un sentido sistemático cuando se convierten en emociones, es decir cuando los afectos son "traducidos" por el lenguaje, por la cultura y por el plano consciente. Pero este movimiento operativo que pasa del reconocimiento de una dimensión afectiva hacia el estudio de las emociones implicaría también una suerte de pérdida, ya que, al menos en parte de quienes se inscriben dentro del "giro afectivo", existe un resto autónomo del afecto que no es trasladable ni traducible al plano consciente de las emociones. Si bien existen discusiones extensas dentro de estos enfoques acerca de la autonomía del afecto con respecto a las emociones1, esta distinción nos es importante ya que buena parte de los estudios ligados al "giro afectivo", y en particular los que

1 Más allá de los debates dentro de las perspectivas que se inscriben dentro del giro afectivo sobre la autonomía de los afectos, como se desprende de los casos de Massumi (1995) y Ahmed (2004), para una reconstrucción sobre la relación entre los afectos y las emociones puede consultarse el texto de Mariela Solana (2020).

vamos a explorar en este artículo, se basan en diferentes estrategias de análisis que hacen foco en la relevancia política del afecto, a través del estudio de las emociones.

En lo que respecta al presente artículo, nos proponemos analizar el impacto del "giro afectivo" dentro de las Relaciones Internacionales; un campo de estudios que no ha sido ajeno, a pesar de sus particularidades disciplinares, a las inquietudes teóricas puestas de manifiesto por la pregunta acerca de la importancia del cuerpo, el afecto y las emociones para la política; y en este caso para la política entendida en términos internacionales. En lo específico, nos preguntamos cómo se han traducido las inquietudes planteadas desde el giro afectivo a las ciencias sociales dentro del campo de la teoría de las Relaciones Internacionales, qué consecuencias teóricas para las Relaciones Internacionales acarrea la incorporaciones de análisis centrados en la relevancia política del afecto y de las emociones y qué se ha efectuado dentro del campo de las Relaciones Internacionales en lo que refiere a las promesas teóricas con las que el giro afectivo se insertó en las ciencias sociales en general.

En relación a lo anterior, si nos referirnos a la influencia del giro afectivo en las Relaciones Internacionales en tanto un *impacto* es debido a que encontramos un número diverso de intervenciones académicas que se han propuesto incorporar las preguntas por el cuerpo, el afecto y las emociones dentro de los estudios internacionales, pero sin que estos se muestren como un movimiento teórico sistemático —como el realismo, el liberalismo, el constructivismo o el marxismo— a la hora de analizar los aspectos internacionales de la política y donde, además, se destaca una polifonía teórica a la hora de incorporar algunas de las herramientas teóricas del giro afectivo en los estudios internacionales. Al tener en cuenta lo anterior, señalamos que buena parte de estos análisis se han acoplado a otras tradiciones del pensamiento teórico de las Relaciones Internacionales sin irrumpir en la disciplina en tanto una suerte de "teoría afectiva de la política mundial". Más en detalle, varios académicos incluso se han concentrado en explorar el lugar de las emociones dentro de las distintas teorías de las Relaciones Internacionales para ubicar dónde éstas fueron tomadas en cuenta, pero sin la teorización necesaria para convertirlas en un factor central a tener en cuenta para el análisis de los diferentes aspectos de la política entendida en términos internacionales (Clément y Sangar, Maéva Clément, Eric SangarIntroduction: Methodological Challenges and Opportunities for the Study of Emotions, 2018). Si, como dijimos al principio, es relativamente sencillo encontrar intervenciones que afirman que las emociones importan para la política, desde hace al menos una década es también fácil encontrarse con textos que afirman que "*las emociones importan para la política internacional*" (Ross, 2013; Hutchison, Affective Communities in World Politics. Collective Emotions after Trauma, 2016; Davidson, Bondi, y Smith, 2006; Crawford, The Passion of World Politics: Propositions on Emotion and Emotional Relationships, 2000). Pensamos que esto no es algo que debería sernos sorpresivo. Si Lauren Berlant señaló en *El corazón de la nación* (2011) que el trauma se relaciona con los procesos identitarios, y en particular con el nacionalismo, era sólo una cuestión de tiempo para ese argumento sea desplazado

para llegar a la conclusión de que esos mismos procesos descritos por la teórca estadounidense podían ser también importantes a la hora de analizar aspectos internacionales de la política, como las interacciones entre identidades nacionales, o para inclusive pensar el lugar de lo internacional dentro de las "intimidades nacionales" que codifican al nacionalismo como un "sentimiento familiar" cohesivo (Berlant, 1997: 114), como propone, por ejemplo, Hutchison (2016). De la misma forma, la preocupación de Sara Ahmed (2004) sobre el poder performativo de las emociones y su naturaleza pública a la hora de dar cuenta de sus consecuencias dentro de los discursos públicos para el armado de ciertos dispositivos políticos, como es el caso del racismo, podía ser llevado fácilmente al espacio internacional para pensar, por ejemplo, las sucesivas ofensivas militares occidentales en África y Oriente Medio durante las primeras dos décadas del siglo XXI, como sugiere, por ejemplo, Lucas (2009).

Para comenzar, encontramos necesario remarcar que nos encontramos frente a un corpus de texto no muy amplio, pero sí metodológicamente diverso. Esto significa que, si bien las intervenciones que pretendemos analizar coinciden en remarcar la necesidad de incorporar al afecto y a las emociones como un elemento central para analizar los procesos políticos que tienen una dimensión global o al menos internacional, éstos rara vez coinciden acerca de cómo hacer operativa esa proclama inicial. Por lo que no es difícil encontrar al interior de estas intervenciones debates sobre sobre la agencia política internacional, el rol y la forma de comprender al Estado-nación, la relación agente-estructura en la política mundial, o en el peso de las emociones en los procesos trasnacionales de identificación. Debates que aún no están para nada agotados y que de alguna manera exceden a las pretensiones de este texto. Frente a esta dificultad, en este artículo decidimos ordenar este corpus en base a los tópicos centrales con los que el giro afectivo, desde nuestra lectura, ha intervenido en el campo de las Relaciones Internacionales. El primero se detiene en una lectura retrospectiva sobre el rol de los afectos en las distintas teorías de las Relaciones Internacionales, en particular el realismo y el liberalismo. Así, agrupamos a una serie de estudios se proponen recuperar o bien redescubrir el rol velado de los afectos y las emociones en las Relaciones Internacionales que, si bien habrían estado presentes en los orígenes teóricos de la disciplina, fueron paulatinamente dejados de lado. En segundo lugar, nos proponemos analizar la inserción de las emociones dentro de los debates sobre la agencia estatal y la importancia del Estado-nación como sujeto de la política mundial y de las Relaciones Internacionales. Una polémica en la que las intervenciones realizadas desde el giro afectivo dialogan más cercanamente con las corrientes constructivistas de las Relaciones Internacionales. Por último, vamos a analizar los aportes de las perspectivas que desde las categorías y preocupaciones del giro afectivo teorizan acerca de la implicancia de las emociones en los procesos de cambio estructural en la política internacional, donde también se problematizan fenómenos internacionales con una importante carga emocional y afectiva, como la guerra entre naciones y el terrorismo internacional. Una última aclaración necesaria antes de avanzar refiere al

origen de las intervenciones: casi sin excepciones, ha sido la academia de Europa Occidental y de los Estados Unidos desde donde se ha propuesto explorar las relaciones entre el giro afectivo y las Relaciones Internacionales. A pesar de que contamos con una amplia recepción del giro afectivo en América Latina en general y en Argentina en particular, eso no ha ocurrido aún en el campo específico de las Relaciones Internacionales. Pensar esa cuestión como problema sería más que interesante como tópico de investigación futura dentro de la producción teórica de las Relaciones Internacionales dentro de la academia latinoamericana.

La presunción que guía el desarrollo de este artículo a modo de hipótesis sostiene que, al menos hasta el momento, los usos del giro afectivo en los estudios internacionales han trazado más líneas de continuidad que de ruptura con respecto a los sesgos disciplinares contra los que el propio giro afectivo se elevó como movimiento intelectual en las ciencias sociales y las humanidades en general. Así, creemos que más que una revuelta teórica contra el positivismo y el racionalismo dominante en las teorías hegemónicas de las Relaciones Internacionales —el realismo, el liberalismo y buena parte del constructivismo—, las intervenciones que han intentado trasladar elementos del "giro afectivo" hacia las Relaciones Internacionales no han hecho más que asistir a esas teorías, en lugar de contestarlas críticamente. Así, nuestra hipótesis señala que, la inserción de las preguntas por la relevancia del cuerpo, los afectos y las emociones en la política internacional parecen, más que cuestionar al positivismo y al racionalismo hegemónico en la disciplina, haber terminado por prestarles asistencia allí donde otras corrientes teóricas, en particular las teorías críticas y pospositivas dentro de las Relaciones Internacionales, las habían impugnado.

LA MIRADA RETROSPECTIVA DE LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES DESDE EL "GIRO AFECTIVO"

La primera operación intelectual con la que el "giro afectivo" se insertó dentro de las Relaciones Internacionales tuvo lugar por medio de la propuesta que invitó a releer la producción teórica de la disciplina, en el momento de su despegue como subcampo de la ciencia política, en lo que podríamos llamar una "clave afectiva". En uno de los trabajos pioneros[2] en la búsqueda por ligar los postulados del giro afectivo al análisis de la política internacional, Neta Crawford (2000: 119) afirmó que todas las teorías de la política internacional dependían de suposiciones sobre las emociones, a pesar de que éstas no estaban adecuadamente problematizadas desde la teoría. Contra la idea presentada por Keohane y Nye (1987: 728) acerca de la concordancia entre los enfoques realistas y liberales para entender la actividad y el comportamiento de los

[2] Si nos atenemos a la cronología estricta, la primera intervención académica que ligó de forma directa los aportes del giro afectivo con las Relaciones Internacionales fue propuesta por Jonathan Mercer en 1996 con una ponencia titulada *Approaching Emotion in International Politics* que, de manera más que llamativa, nunca fue publicada y no se encuentra accesible para su lectura (Bleiker y Hutchison, 2008).

Estados como racionales o, al menos como "inteligentes", Crawford recupera la recomendación de Hans Morgenthau acerca de la necesidad de construir una teoría sobre la "irracionalidad" en la política exterior, como puntapié inicial para analizar cómo el estudio de las emociones individuales puede explicar procesos complejos dentro de la política internacional (Morgenthau, 1985 [1948]: 7). De esta forma, el estudio de las emociones en la política internacional, siguiendo a Crawford, habría sido reconocido ya por el realismo clásico como una variable de análisis útil, agregando así un componente *más-que-racional* al estudio de la política internacional. Esta propuesta de exploración teórica desde la retrospectiva permitiría, por ejemplo, analizar el fenómeno de la guerra entre naciones desde una perspectiva que incluye los factores "emocionales" o más-que-racionales de la acción estatal en la arena internacional. Es desde esta primera pregunta por las emociones en el realismo clásico que podemos trazar una línea de continuidad teórica desde los análisis de la guerra de Wright (1965 [1942]), quien analizó al miedo como la fuerza que motoriza la guerra entre naciones, hasta Fearon (1995), quien se pregunta cómo explicar el fenómeno altamente costoso de la guerra entre países sólo desde el paradigma de la racionalidad instrumental del Estado-nación[3].

Así, desde esta lectura en retrospectiva de la teoría de las Relaciones Internacionales, las emociones no sólo serían una característica de los agentes o de los sujetos, sino que también un factor estructurante de los sistemas, las instituciones y de los procesos en la política global. Partiendo desde esa base, las investigaciones sucesivas se enfocaron rastrear los usos de las emociones dentro de las diferentes corrientes teóricas de las Relaciones Internacionales. En esta línea de estudios se ha remarcado, por ejemplo, el lugar del miedo como categoría central para el realismo (Freyberg-Inan, Rational Paranoia and Enlightened Machismo: The Strange Psychological Foundations of Realism, 2006), de la empatía y la confianza como emociones centrales para el liberalismo (D'Aoust, Ties that Bind? Engaging Emotions, Governmentality and Neoliberalism: Introduction to the Special Issue, 2014) —y en particular en las corrientes neoliberales, en base a la teoría de Robert Keohane (1990) —, y el orgullo y la amistad en lo que respecta a las lógicas interestatales de reconocimiento mutuo para el constructivismo (Lindemann, Interest, passion, (non)recognition, and wars: a conceptual essay, 2014). Lo ubicuo de los usos diversos de las emociones en buena parte de las teorías de las Relaciones Internacionales —que incluye a las dos corrientes ligadas al racionalismo y al positivismo en la disciplina— desde esta mirada retrospectiva demostraría que las emociones no sólo son útiles para pensar lo internacional, sino que además son cruciales como objeto de teorización permanente para las Relaciones Internacionales. Así, las emociones guardarían la

[3] Cabe señalar que en algunos de estos enfoques, analizados desde la mirada retrospectiva, utilizan codificaciones teóricas de las emociones que no estarían en línea con las propuestas del giro afectivo. Por ejemplo, en los trabajos citados, el miedo es interpretado como un sentimiento "racional" de los actores en la política mundial, como puede ser el miedo generado por la cercanía con una potencia militar expansionista. Una breve mención sobre los usos de las emociones para el neorrealismo está introducida en Crawford (2000: 121).

capacidad de ser una variable explicativa medular a la hora de interpretar procesos de la política internacional que van desde la Guerra Fría hasta las guerras "éticas" de la década de los '90 (Clément y Sangar, Maéva Clément, Eric SangarIntroduction: Methodological Challenges and Opportunities for the Study of Emotions, 2018: 3).

Buena parte de esta mirada retrospectiva sobre la teoría de las Relaciones Internacionales terminan por lamentar el "olvido" de las emociones por parte de las Relaciones Internacionales desde la segunda mitad del siglo XX (Crawford, The Passion of World Politics: Propositions on Emotion and Emotional Relationships, 2000: 122), cuando los paradigmas racionalistas se convirtieron en hegemónicos. Esta mirada, también propone una solución: una vuelta hacia los autores del realismo clásico, en particular hacia Hans Morgenthau, en rechazo a los autores del neorrealismo, en particular a Kenneth Waltz (1979) y John Mearsheimer (2001). Mientras que se denuncia a Waltz por haber eliminado cualquier explicación no sistémica a la hora de analizar el comportamiento de los Estados y de la política exterior, para el caso Mearsheimer, en cambio, se critica la rigidez con la se postula pensar al Estado como un ente racional que se autoevalúa de forma constante y que sólo busca mediante su acción la mejora de su posición de poder relativo, una postura que directamente impide la intromisión en los análisis de la política internacional de cualquier elemento más-que-racional, no-racional o no consciente, como los afectos o las emociones. Como señala Ross (2013b), lo que resulta por demás interesante del realismo clásico para quienes intentar llevar al giro afectivo hacia las Relaciones Internacionales es la manera en la que los primeros realistas consideraron al Estado-nación como un producto sintético de necesidades y expresiones de los individuos que no tenían por qué ser interpretadas como puramente racionales, y que contaban sí con un correlato directo en la construcción y la caída de vínculos políticos en la esfera internacional. Si bien se necesita remarcar que estos estudios ligaron a estas "percepciones" como expresiones psicológicas de los individuos, esto no ha impedido que en algunos estudios que exploran el rol de las emociones en la política internacional lo interpretaran como un punto de partida válido, como lo señala Schuett (2007). Lo anterior, sin perder de vista que los realistas clásicos desarrollaron sus teorías sobre la importancia de las emociones individuales en la política exterior en una época donde todavía no habían sido desarrollados los estudios neuro-cognitivos que se propusieron explicar la acción y la emoción humana desde el plano de la biología humana (Ross, 2013b: 279).

Pero la mirada retrospectiva acerca de la relevancia de las emociones en las teorías de las Relaciones Internacionales no se quedó sólo en un rescate del realismo clásico. Para incorporar la cuestión de los afectos a las perspectivas liberales, Ariffin (2016: 2) propuso revisar la bibliografía del liberalismo clásico, incluyendo la teoría económica liberal smithiana, para señalar que desde esa perspectiva la acción humana promovida por el liberalismo se sostenía que el "deseo" por mejorar la propia condición era el motor de la actividad de los individuos. Esta base es sobre la que los teóricos internacionales ligados al liberalismo habrían teorizado el lugar de ciertas emociones a la

hora de trasladar el pensamiento liberal a la política internacional. Por eso Crawford (2000) señala que fue Keohane (1990) quien intentó sistematizar el impacto de emociones como la confianza, la amistad y la empatía en los estudios liberales de política exterior. Emociones que, incluso, operarían como las condiciones mismas de posibilidad para la teoría liberal de la interdependencia compleja; lo anterior, a pesar de que Keohane (1990b) termine por intentar incorporar ciertas emociones, como la empatía, dentro del paradigma del actor racional (Crawford, 2000: 123). Otros liberales ligados a la teoría institucionalista también señalaron, remarca Barreto (2011), que las emociones fueron una clave central para entender procesos trasnacionales de sedimentación de normas y e instituciones internacionales, como el cuidado de los derechos humanos, propiciando normas de comportamiento esperables dentro del orden internacional liberal que guardarían una carga emocional significativa. Desde el Holocausto hasta los horrores del genocidio en Ruanda y las limpiezas étnicas en los Balcanes, las imágenes y el conocimiento de la violencia extrema habrían generado sentimientos de empatía con las victimas que terminaron por funcionar como el puntapié para la conformación de un régimen internacional que sociabiliza a sus agentes mediante su incorporación a un paradigma general de respeto por los derechos humanos y del derecho internacional público (Keck y Sikkink, 1998; Merry, 2006). Por último, los estudios que buscaron explorar del rol del afecto en las teorías liberales también se concentraron en analizar el concepto de *soft power*, desarrollado por Joseph Nye (2004), buscando la presencia teórica de las emociones en esa propuesta. Por eso motivo, Solomon (2014) se detiene en la forma en la que Nye vinculó al afecto y a las emociones a través de la noción de *atracción*. A pesar de la que la noción de *soft power* como atracción ha sido criticada con dureza —como hacen Hayden (2012) y Bially Mattern (2005)— aquí nos interesa la manera en la que Nye describió a la atracción como una "química misteriosa" (Nye, 2004: 5), ya que es a partir de eso que Solomon encuentra la presencia del afecto y de las emociones en la teoría del *soft power*, alejándose de otras interpretaciones que presumen que Nye se refiere sólo a algún tipo de representación simbólica de la atracción (Hayden, 2012: 43), sin reparar en una dimensión afectiva del concepto. Desde la mirada que encuentra allí la presencia de las emociones, lo que posibilita el *soft power* es la dinámica afectiva que un Estado proyecta hacia el afuera (Solomon, 2014: 737). Así, no habría estrategia de *soft power* que no precise de algún tipo de envestidura afectiva, algo que cabría no sólo para explicar la proyección internacional de un Estado-nación en particular, como los Estados Unidos, sino que puede extenderse también a la proyección de cualquier régimen político, social o económico, como el neoliberalismo.

Llegados a este punto, proponemos hacer un breve balance de este conjunto de estudios. Las lecturas que proponen la visión en retrospectiva de la teoría de las Relaciones Internacionales para demostrar la importancia del afecto y las emociones para el análisis de la política internacional, aun cuando estos tópicos no estaban codificados epistemológicamente de la manera propuesta por el "giro afectivo", guarda

un problema central: la mirada en retrospectiva deriva en la propuesta no sólo de tomar un retroceso cronológico en los estudios teóricos de la disciplina —una suerte de "vuelta a las bases" teóricas—, sino que también supone un retroceso epistemológico para el estudio de la política global. Esto es, un pasaje de la "tercera imagen" waltziana —es decir, los estudios sistémicos— a los estudios de "primera" y "segunda imagen" —basados en los individuos y en los Estados respectivamente—, usando la tipología neorrealista. A pesar de que es entendible que el retorno al realismo clásico sea la única estrategia argumentativa posible para no descartar en pleno al paradigma (neo)realista, debido a su impermeabilidad a la hora incorporar enfoques no-racionales o más-que-racionales, es necesario señalar los problemas que puede acarrear el rechazo de los análisis sistémicos y la propuesta en favor de retornar hacia una postura metodológica que ponga el foco de su análisis en las personas —y a través de las personas del afecto y de las emociones. Si las emociones no son incorporadas a los análisis sistémicos de los estudios internacionales, es posible que este repliegue epistémico sea sumamente costoso en términos teóricos. Con esto, nos referimos a perder de vista la dimensión y los debates que exceden al realismo pero que sí fueron de cierta manera abiertos por ese paradigma, como por ejemplo los debates sobre el poder y la hegemonía dentro del sistema internacional. El regreso hacia los análisis micropolíticos puede ser tentador para incorporar al "giro afectivo" dentro de un territorio *a priori* hostil como pueden ser las Relaciones Internacionales, pero esto acarrea el peligro de un severo costo en términos explicativos. Qué hacer desde esta postura, por ejemplo, cuando las primeras dos imágenes neorrealistas no nos alcancen para explicar fenómenos de largo aliento, que ocurren en espacios múltiples y que desafíen la capacidad de entendimiento incluso de los propios líderes políticos de los grandes Estados del régimen internacional.

¿CÓMO "SIENTEN" LOS ESTADOS? EL DEBATE SOBRE LA AGENCIA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Los intentos por llevar los aportes del "giro afectivo" hacia las Relaciones Internacionales encontraron un aliado excepcional en una de las corrientes de mayor expansión dentro de la disciplina durante el siglo XXI, el constructivismo, cuya carta de presentación fue una interpelación —aunque controlada— a los dos paradigmas hegemónicos de las relaciones internacionales, el realismo y el liberalismo. Esto fue así ya que, en primer lugar, como señalan Pereyra Doval (2015) y Cuadro (2010), fue el constructivismo la corriente que incorporó al estudio sobre la identidad como el problema central de las Relaciones Internacionales. Si bien la codificación teórica de la identidad para el constructivismo refiere a básicamente un acto consciente cargado de significado simbólico, la búsqueda de Alexander Wendt para superar el dualismo *humeano* entre "deseo y creencias" que imperaba en las reflexiones previas sobre los procesos identitarios en las Relaciones Internacionales (Wendt, 1999: 129) hizo del constructivismo la corriente contemporánea de los estudios internacionales más

adecuada desde la que problematizar el rol del afecto y de las emociones en las identidades nacionales o estatales, para luego analizar sus consecuencias específicas en la interacción internacional e interestatal (Ross, 2006: 207; Bleiker y Hutchison, 2008: 124). Además de esto, fue el propio Wendt en *Social Theory of Internacional Politics* quien señalo que "los Estados también son personas" (Wendt, 1999: 215-224), postulado que permitió que una serie de estudios posteriores afirmaran que, utilizando las herramientas del "giro afectivo", *los Estados también sienten emociones* (Naudé, 2017). De esta manera, las investigaciones sobre el giro afectivo en las Relaciones Internacionales encontraron dentro del debate del estado como persona (*state-as-person debate*[4]) un terreno fértil para insertar la dimensión del afecto y las emociones. A diferencia de los estudios sobre las emociones que encuentran su punto de partida en el realismo clásico, y a través de esa corriente remarcan la importancia de la resonancia afectiva de las personas y en particular de quienes tomas decisiones en nombre del Estado, la introducción del constructivismo y del problema de la identidad obliga a hacer una propuesta teórica más sofisticada para insertar las preocupaciones del giro afectivo dentro de las Relaciones Internacionales.

Lo anterior, como vimos, sugiere una serie de desafíos. En primer lugar, suponer que una entidad no corpórea —como el Estado-nación— sea capaz de sentir y transmitir afecto y emociones contradice la primera máxima del giro afectivo acerca de la relevancia y de la necesidad *sine qua non* del cuerpo biológico para el análisis de lo político. En esta instancia, relacionar al giro afectivo con el constructivismo requiere de una torción teórica tanto en lo que respecta a la teoría del Estado presente en esa corriente de los estudios internacionales, como de qué se entiende por afecto y por emociones con relación a la política internacional. Desde la teoría constructivista se propuso pensar al Estado desde una metáfora antropomórfica —el Estado como persona— tanto para salir de la ontología realista que proponía pesar al Estado como un agente puramente racional basado en la autoayuda o bien como una maquinaria neutral sólo analizable a partir del análisis de las personas que ejercer su control temporal desde el gobierno (Wendt, 1999: 215). Pero esto no sólo significa pensar al Estado como si fuera una persona, sino que el constructivismo lo arroja hacia una nueva ontología estatal donde los Estados son personas *tout court*, incluso —y particularmente hablando— a señalar que los Estados cuentan con una "psicología" propia. Para el constructivismo según Wendt, los Estados son personas gracias a que estos cuentan con intencionalidad en tanto actor colectivo dotado de agencia —los Estados actúan—, organicidad entendida como una forma de vida —los Estados "viven" y "mueren"— y conciencia entendida como experiencia subjetiva —los Estados piensan— (Wendt, 2004: 291). Si para Wendt los Estados cuentan con identidad e intereses, no hacía falta demasiado para que se postule que los Estados también

[4] Para un resumen de los debates de la disciplina sobre el Estado, incluyendo el *state-as-person debate* y la intervención del constructivismo, puede consultarse Lake (2008). Para una discusión sobre la problematización del Estado específicamente desde el constructivismo puede consultarse Hobson (2001).

cuentan también con afecto y emociones. Incluso, fue el propio Wendt quien señalo la "completa ausencia" de las emociones como objeto de análisis en las discusiones sobre la agencia estatal en las Relaciones Internacionales (Wendt, 2004: 312)[5]. Pocos años después, las intervenciones sobre las emociones en la política internacional basadas en los debates abiertos por el constructivismo comenzaron a aparecer con mayor fluides. Introduciéndose en el *state-as-person debate*, varias intervenciones planeadas desde el giro afectivo recuperaron estudios que argumentaban que, a pesar de la máxima planteada por la neurociencia que señala que para sentir afecto se precisa de un cuerpo físico, algunas formas de sentir afecto ocurrían ya no sólo al nivel individual de un cuerpo, sino en la *interacción* de éstos. Lo anterior, convertía a las emociones en una experiencia relacional más que un estado físico (Baldacchino, 2011). Al mismo tiempo, se postuló que las emociones que sí se sienten a nivel individual suelen ser a su vez un fenómeno colectivo. O que, al menos, las emociones no se encuentran aisladas al nivel corpóreo de los individuos (Bially Mattern, 2014). Siguiendo esta línea de investigación, Naudé (2017) y Hutchinson (2016) se propusieron explorar el rol de trauma en los individuos y su proyección hacia la política internacional de los Estados. Así, se explora la manera en la que las experiencias traumáticas —como la guerra, el terrorismo o una crisis económica profunda— se caracterizarían por generar una *resonancia emocional* que vincula a los individuos de un grupo social dado en una "comunidad afectiva". Esto sería así ya que la relevancia social y política de estos eventos, en tanto hechos traumáticos, son de naturaleza primariamente emocional (Hutchison, Affective Communities in World Politics. Collective Emotions after Trauma, 2016: 3). Estos análisis también contradicen la necesidad de un cuerpo para sentir afecto, ya que la transmisión del trauma mediante su institucionalización estatal —como por ejemplo mediante las prácticas y políticas de memoria histórica— logran pasar de generación en generación sin que las personas hayan sentido la causa original del trauma en sus propios cuerpos, y sin por eso perder su potencia política rectora del comportamiento estatal a escala internacional (Naudé, 2017: 5; Edlkins, 2004: 41). Este tipo de análisis permitió, posteriormente, la formulación de "geografías afectivas": es decir, experiencias colectivas marcadas por el afecto que reordenan la política internacional mediante una distribución espaciotemporal de las emociones. Así, al pensar la espacialidad y la temporalidad de las emociones, se postula que su transmisión histórica y generacional va más allá de las experiencias físicas que generaron una respuesta afectiva en primer lugar (Bondi, Davidson y Smith, 2006). Desde este tipo de paradigma, por ejemplo, es que se analizó la "relación especial" entre Alemania e Israel no como una "amistad entre Estados" —si lo pensamos desde el paradigma constructivista— si no como el pago constante una deuda transgeneracional de la que depende la visión de Alemania como

[5] Aun así, cabe señalar que al momento de la publicación del artículo The State as Person in International Theory (2004) ya contábamos con algunas intervenciones relevantes en el campo de las Relaciones Internacionales que se proponían analizar el rol de los afectos y de las emociones, incluso desde las perspectivas del giro afectivo, como por ejemplo Crawford (2000).

un “estado bueno”, aspecto que incluye la defensa y el apoyo de las acciones militares de Israel que son llevadas a cabo enmarcadas en el derecho a la defensa de un agresor externo —e incluso cuando éstas impliquen la violación directa de normas centrales del régimen internacional como el Derecho Internacional Público y los Convenios de Ginebra[6] (Berensköter y Mitrani, 2022). En un marco de análisis similar, Eznack (2011) se encargó de teorizar sobre un tema complejo para el liberalismo: cómo explicar las disputas entre “aliados estrechos”. Así, cuestionando (aunque parcialmente) al racionalismo de las teorías liberales, sugiere que el afecto —además del beneficio mutuo— forma parte integral de la estructura de las relaciones interestatales, y que es en base a esa dimensión afectiva que se establecen normas internacionales —tanto formales como informales— de comportamiento dentro del sistema internacional. En ese sentido las crisis entre aliados no son más que una manifestación de robustez de esas relaciones ya que “el afecto desencadena reacciones apasionadas cuando su objeto —la relación en cuestión— se ve amenazado por las acciones o decisiones de un aliado cercano” (Eznack, 2011: 239), como en los casos de la crisis británico-estadounidense durante de crisis del Canal de Suez, o la crisis diplomática franco-estadounidense durante la invasión a Irak.

Si desde el constructivismo se señala que los Estados portan una identidad, y que esa identidad es tanto performativa como contingente (Wendt, 2004). Los aportes realizados desde el giro afectivo remarcan que esa identidad no es plenamente racional o consciente, sino que también se sustenta en procesos de “circulación afectiva”, es decir, en formas de transmisión tanto conscientes como inconscientes de emociones dentro de un entorno social (Ross, 2013: 16). Si el Estado tiene la capacidad de sentir afecto es debido a que funciona como un “marco de motivación transhumana”, esto es como una suerte de cuerpo colectivo que se relaciona con otros dentro de la comunidad internacional (Naudé, 2017: 5). Estos estudios señalan que los Estados se “socializan” dentro del sistema no sólo mediante la adopción racional de una cultura internacional —como propone Wendt (1999)—, sino también por medio de las emociones, como el trauma, la amistad y el miedo. Tomando el trabajo de Deleuze y Guattari (2010 [1988]) y Massumi (2002), Ross (2006) se propone explorar qué tipo de procesos no conscientes intervienen en la forma en la que se internalizan los procesos identitarios. Así supone que existe un sustrato inarticulable que es crucial para ciertos tipos de identificación, como la nacionalista o étnica, que se vuelve central para comprender el comportamiento internacional de los Estados dentro del sistema internacional. Esto sería así ya que los afectos impregnan nuestras creencias y juicios al conectarnos con agencias colectivas de formas no lineales y contradictorias. Para ejemplificar lo anterior, Ross propone analizar cómo los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos no exhiben una respuesta cognitiva

[6] Esta postura puede ser útil para comprender el reciente apoyo a la ofensiva militar en Gaza por parte de la ministra de Relaciones Exteriores alemana Annalena Baerbock —del “pacifista” Partido Verde— cuando señaló que Israel tenía derecho de atacar objetivos civiles en el marco de su derecho a la defensa.

coherente y única —como podría ser la "enemistad" para Wendt—, si no que desplegaron una economía afectiva que puede, a la vez, tener significados políticos contradictorios y hasta enfrentados (Ross, 2006: 213). Este horizonte afectivo de un "hecho global" es lo que explica el dinamismo de la política internacional, la consolidación y caída de sus normas, la capacidad o ineficiencia de sus instituciones, y la continuidad o los cambios bruscos dentro del sistema internacional. La perspectiva de Ross toma el trabajo anterior de Edkins (2004) quien propuso pensar en el trauma como una dimensión no articulable que desestabiliza a las identidades políticas. Así, cuando no actor no puede pensar siquiera de forma preliminar "qué pasó" ante un hecho traumático, nos enfrentamos, de acuerdo con estos enfoques, a un déficit en la capacidad de simbolizar un estado afectivo que influye en nuestra manera de ver y analizar el mundo que nos rodea, a la vez que nos hace más "sensibles" para adoptar una actitud, un relato o incluso una identidad por sobre otra (Edkins, 2003: 39). Estos procesos más-que-racionales y vinculados al cuerpo han sido los favoritos a la hora de trasladar las preocupaciones del giro afectivo hacia los estudios internacionales, a la vez que han servido para contestar a algunas de las corrientes más "positivistas" dentro del paradigma constructivista[7].

Como podemos ver, quienes se han propuesto explorar la capacidad del giro afectivo para explicar procesos de la política global, incluyendo los debates sobre la agencia y la estatalidad, han escogido un camino común al resto de los usos del afecto en las ciencias sociales y las humanidades: un retorno hacia la micropolítica y a la importancia de los individuos —y en particular del cuerpo y de la experiencia individual —. A pesar de haber encontrado en la propuesta constructivista, que invita a pensar al Estado como persona, un puntapié para la inserción de las emociones en los análisis de la política global, los estudios "afectivistas" en Relaciones Internacionales necesitaron de igual manera problematizar algunos de los elementos centrales desarrollados por Wendt y por el constructivismo en general. Los Estados, para estos estudios, no son personas. Pero sí, en cambio, los Estados son teorizados como entidades colectivas y corpóreas capaz de anudar un crisol diverso de emociones individuales que se traducen en procesos de identificación y cuya resonancia alcanza a la política internacional. Así las emociones se encuentran presentes en las acciones del Estado, pero su origen se encuentra en el cuerpo de los individuos que, en tanto grupo, se referencian e identifican con esa forma comunitaria y cuya pertenencia se refuerza a través de la circulación de esas emociones en el espacio público (Mercer, 2014: 517). Para esta línea de investigación, el Estado no es una persona ni las emociones de las personas que ejercen políticas en nombre del Estado son el factor central que explica como los afectos se relacionan con la política global. Lo importante para estos análisis desde las perspectivas del giro afectivo radica en entender al Estado como grupo, y en particular

[7] Acerca de las líneas de continuidad entre la teoría positivista y el constructivismo pueden consultarse los trabajos de Vitelli (2014) y Cuadro (2010).

como grupo afectivo en los términos de Stein (2013: 387). En esta línea, Jonathan Mercer (2014) sostiene que son las emociones colectivas —como la vergüenza, el orgullo y el miedo— las que explican el lazo afectivo entre los individuos y el Estado, al afianzar de formas no conscientes distintos procesos de identificación colectiva, como por ejemplo el nacionalismo. Las practicas emocionales grupales que el Estado institucionaliza con su acción —museos, memoriales, marchas militares, relatos históricos, etc.— hacen a los individuos *sentirse como Estados,* al vincularse emocionalmente a una comunidad política específica (Mercer, 2014: 530). De manera similar, Ross (2013) señala que es gracias a la construcción de vínculos afectivos entre los individuos y el Estado que éste último tiene la capacidad de movilizar las emociones que, al mismo tiempo, han sido antes depositadas en él. Ya que:

> "Sin lealtades que normalmente describimos como patriotismo, el Estado sólo sería un frio aparato legal (…) (de la misma manera que) las organizaciones intergubernamentales también dependen de cierto grado de entusiasmo y confianza entre la ciudadanía y de los Estados miembros" (Ross, 2013: 35).

Por último, tanto Ross como Mercer señalan que pensar las emociones de forma colectiva no significa proponer que un grupo deba sentir exactamente lo mismo. Incluso Ross y Hall (2015: 857) señalan que la política mundial involucra movimientos de protesta trasnacional diversos en los que sus participantes no se identifican como portadores de una misma identidad, y que se definen, en cambio, por medio de las emociones —por ejemplo, las movilizaciones de *los indignados* en el Estado Español—, aspecto que muestra que las emociones pueden motivar a la acción política incluso en ausencia de una identidad política consolidada.

Llegados a este punto, a pesar de que se propone pensar en formas colectivas en las que las emociones importan para la política internacional, seguimos encontrando problemática la estrategia analítica que pone el foco en los individuos y en sus emociones a la hora de explicar procesos de la política internacional. A pesar del esfuerzo por separar las formas individuales del sentir de las que ocurren a nivel grupal, no queda claro aún cómo esas circulaciones de afecto adquieren un significado u otro —por fuera de cuando se supone que el Estado "instrumentaliza" esas emociones a través de prácticas que institucionalizan las emociones—. Si son los procesos de circulación afectiva los que, más que la ideología u otros procesos de articulación política, nos permiten pensar en las movilizaciones de *los indignados* contra la austeridad en Europa continental o en las manifestaciones contra la globalización en los primeros años 2000, queda pendiente pensar por qué, o bajo que circunstancias precisas, procesos similares pueden derivar en la movilización de sentidos políticos ideológicamente opuestos, como la movilización derechista en clave xenófoba. De momento, no sabemos cómo ciertos paradigmas afectivos devienen en formas precisas de movilización política. Aun así, entendemos que incluso con la noción de circulación grupal del afecto que introduce Ross (2006: 211), estos estudios optan por un retorno

al nivel micropolítico incluso para dar cuenta de los procesos generales de la política global. Más allá de cómo se evalúe esa operación teórica, nos resulta todavía cuestionable el olvido de la dimensión del poder y de la ideología en la política global dentro de esos mismos análisis. Mientras que podemos coincidir en la necesidad de incorporar al nivel micropolítico en los análisis de las Relaciones Internacionales para comprender la multidimensionalidad y espacialidad de los procesos que comúnmente enmarcamos dentro de la política global —ya que a estas alturas es difícil de negar que procesos como la denominada "crisis de los refugiados" en Europa occidental, o las protestas sociales a escala regional en África subsahariana de una década atrás, o las movilizaciones populares austeridad en geografías tan diversas como Chile, el Líbano, los Estados Unido y Grecia, encierran un componente emocional que opera, al mismo tiempo, tanto a nivel grupal como individual—, encontramos que estos enfoques centrados en la "circulación de emociones" no son suficientes para desentrañar un punto crucial: por qué estos hechos son codificados políticamente de una forma y no de otra.

En virtud de lo anterior, coincidimos con Saskia Sassen (2007) al señalar que los acontecimientos políticos contemporáneos son "multiescalares", es decir, procesos en lo que lo local, lo nacional y lo global están mutuamente contaminados. De la misma forma, podemos pensar en una suerte de contaminación entre procesos que ocurren a nivel individual a la vez que a dialogan con lo colectivo —lo mismo podríamos decir que ocurre entre procesos racionales y no-racionales—. Aun así, si a partir de una teorización de los afectos y las emociones en la política internacional el foco hacia lo individuos termina por convertirse en un sesgo epistémico que vela la presencia del poder y la ideología en distintos procesos políticos globales, encontramos que estas propuestas de análisis pueden terminar por esconder más de lo que revelan. En el último apartado vamos a analizar un caso que ha dinamizado los estudios de las Relaciones Internacionales desde el giro afectivo, y que, según nuestra perspectiva, pone en evidencia estos mismos problemas teóricos.

LAS EMOCIONES Y EL CAMBIO EN LA POLÍTICA MUNDIAL

Existe un momento de la política global que parece haber funcionado como el "despertar afectivo" para los estudios dentro de las Relaciones Internacionales: los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos. En primer lugar, porque la circulación de las imágenes de los ataques gozó de una espectacularidad pública pocas veces vista. De esta manera, las "imágenes del desastre" de los aviones incrustándose en los edificios más icónicos de New York tuvieron, señalan Bleiker y Hutchison (2008), un impacto emocional decisivo que terminó por constituir un nuevo imaginario bélico permanente no sólo en Estados Unidos si no en buena parte del mundo occidental. Fueron las emociones involucradas en los atentados que, fuera de manifestarse como una cuestión privada, configuraron un patrón de responsividad

colectiva que terminó por modificar normas, prácticas políticas e instituciones de gobierno en favor de una movilización social y militar única desde la invasión estadounidense sobre Vietnam (Bleiker y Hutchison, 2008: 119). Buena parte de los análisis realizados desde el giro afectivo coinciden con Hall y Ross (2015) al entender a los atentados del 11 de septiembre como un evento de desborde afectivo, con implicancias tanto hacia dentro de los Estados Unidos como también en lo que respecta la relación de Estados Unidos con respecto al sistema internacional. Hacia fuera, debido a que la oleada afectiva de los atentados generó respuestas a priori inesperadas por parte de otros Estados. Todd Hall (2012) señala que, lejos de lo que se podía esperar desde otras perspectivas de las Relaciones Internacionales, otros actores estatales habitualmente hostiles a los Estados Unidos —centralmente Rusia y China— respondieron a los atentados con una "diplomacia de la simpatía" (Hall T. , 2012: 379). Esto habría sido así ya que, lejos de ser un desastre natural u otro tipo de catástrofe similar, los atentados contra los Estados Unidos despertaron algunas emociones en particular, como la empatía, dentro del sistema internacional como resultado de que un actor central del orden global fuese fácilmente atacado por una entidad no estatal que burló su capacidad de defensa, así como su soberanía estatal westfaliana. La implicancia afectiva de este hecho despertó un tipo de simpatía interestatal que no respondía a ningún paradigma de cálculo racional por parte de los actores estatales. Así, el impacto emocional de los atentados impidió que estados "hostiles" a los Estados Unidos actuasen con oportunismo ante una serie de atentados que dañaron la imagen de superpotencia de los Estados Unidos, mostrándolo vulnerable. Hacia dentro de los Estados Unidos, los análisis desde el giro afectivo coinciden en señalarlo como un punto de quiebre afectivo que permitió la transformación de una serie de políticas, dispositivos e instituciones que no habían sido posibles sin la experiencia colectiva que generó el trauma de los atentados en la sociedad estadounidense. En esta "ruptura emocional" (Hutchison, Affective Communities in World Politics. Collective Emotions after Trauma, 2016: 18) causada por un hecho traumático, la respuesta política inmediata fue la movilización por parte del gobierno de Bush-Cheney de un complejo emocional que evocó una serie de recuerdos e imágenes afectivas que derivaron en la construcción de una respuesta militar directa contra Irak y Afganistán (Ross, 2006: 213). Fueron esas estrategias articuladas en base a la movilización de las emociones las que, señalan tanto Lucas (2009) y Northcott (2012), transformaron a la invasión a Irak de una guerra ofensiva a una defensiva. Así, las políticas del miedo movilizadas desde la administración Bush luego de los atentados no habrían sido más que un desplazamiento emocional de las políticas del miedo promovidas desde el Estado estadounidense contra el comunismo y la guerra contra el "Imperio del Mal" de los años Reagan hacia el miedo al terrorismo internacional cuyos agentes se encontraban geográficamente dispersos en un nuevo "gran Oriente Medio". Como propone Wolin (2004: 521), fue el entorno afectivo de la sociedad estadounidense luego de los atentados lo que permitió la transformación institucional de los Estados Unidos que,

mediante la sanción de leyes de excepción permanente, sacrificó un buen número de libertades civiles básicas en nombre de la seguridad colectiva, con un notable apoyo de los partidos políticos mayoritarios y de la sociedad estadounidense en general.

Lo que prosiguió a los atentados, para estos análisis, fue la movilización del miedo, la angustia y la ira dentro de la sociedad estadounidense por parte del gobierno de George W. H. Bush. Emociones que no fueron generadas por el gobierno estadounidense, pero sí calculadamente movilizadas mediante la acción estatal (Lucas, Mobilizing Fear: US Politics Before and After 9/11, 2009: 80), como lo ejemplificaría la pregunta hecha por la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, inmediatamente después de los ataques: "*¿cómo capitalizamos esto que ocurrió?*" (Lucas, 2009: 86). En esta línea, Northcott (2012: 62) ubica a la adopción del paradigma de la "Guerra contra el Terror" como una respuesta política demandada por el "complejo militar industrial" que encontró en el entorno emocional posterior a los atentados una coyuntura ideal para comenzar una guerra sin final previsto ni restricciones geográficas que, al estar validada socialmente, suponía la construcción de un escenario de aumento sin límites para el gasto militar. Este paradigma, que supone de la manipulación de la sociedad estadounidense mediante la movilización de las emociones puestas en circulación luego de una experiencia colectivamente traumática, es reproducido más o menos explícitamente por Lucas (2009), Wolin (2004), Edkins (2004), Bleiker y Hutchinston (2008) y Hal y Ross (2015). Cabe señalar que existen visiones alternativas incluso desde quienes se proponen explorar el rol de las emociones en la política global. Lake (2002), por ejemplo, señala que el tránsito que va desde los atentados a la adopción de la "Guerra contra el Terror" puede explicarse como una decisión "no racional" del gobierno de los Estados Unidos que se enmarca como una extensión en la política exterior del miedo y la ira que dominaba a la sociedad estadounidense desde el 11 de septiembre. Así, la explosión de emociones causadas por los atentados tuvo su correlato en la acción del Estado estadounidense dentro del sistema internacional. El gobierno de los Estados Unidos adoptó —o al menos estuvo condicionado a hacerlo— una actitud internacional basada en las mismas emociones que dominaban a la sociedad estadounidense, ya sea por medio del contagio emocional "de abajo hacia arriba", o por la necesidad de responder desde el Estado a ciertas emociones que se manifestaban en la sociedad y que le exigían cierto tipo de respuesta "no racional".

Los análisis que abordaron el impacto emocional de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 nos interesan ya que éstos muestran algunas de consecuencias teóricas centrales de los usos del giro afectivo en la teoría de las Relaciones Internacionales, al ser aplicados a un caso en particular. En principio, buena parte de estos análisis que incorporan el afecto y las emociones en un primer plano teórico parecen no poder escapar a la hora de introducir una deriva que pone a la manipulación como un elemento central a la hora de explicar desplazamientos o transformaciones en la política internacional. En última instancia pareciera que prácticas como el imperialismo o el expansionismo militar dependería solamente de la

construcción de un entorno afectivo plausible a la lógica jingoísta. El análisis de Gold (2015) sobre el conflicto israelí-palestino es también un ejemplo de eso. Mientras que se remarcan las características emocionales del conflicto —la importancia geográfica de la región para el judaísmo y el islam, las condiciones de emergencia del Estado de Israel luego de la Segunda Guerra Mundial, la transmisión generacional del dolor y el resentimiento generado por las innumerables muertes durante décadas de conflicto, etc.—, no hay mención a los efectos identitarios que produjeron décadas de ocupación del territorio palestino, del peso del militarismo en la identidad nacional de Israel, al proceso paulatino de radicalización de la resistencia palestina, o del rol geopolítico que Israel ostenta para el occidente noratlántico. De nuevo, el análisis elimina a los factores de poder internos y externos, locales y regionales, que intervienen en todo proceso internacional.

De cualquier manera, encontramos dos enfoques desde los que los aportes del giro afectivo analizan los procesos de ruptura y transformación en la política internacional a través de las emociones. En un enfoque de arriba-hacia-abajo, las emociones ocurren al nivel de los individuos, pero su relevancia política cobra centralidad cuando éstas son traducidas por el Estado —o por la representación política colectiva de forma general— y éstas se instrumentalizan hacia un fin político específico. Fierke (2004), por ejemplo, supone que son los líderes políticos quienes son capaces de vincular a las emociones de los individuos en un contexto más identitario más amplio, otorgando carga política colectiva a las emociones que resuenan en el nivel de los individuos. Este enfoque es el que apela, a veces directamente y a veces indirectamente, a la manipulación afectiva como variable explicativa de procesos políticos —por ejemplo, la movilización social en apoyo a las invasiones de Afganistán e Irak. Así, las emociones —como el miedo y la ira— adquieren un significado y no otro, debido a las estrategias de movilización colectiva de esas emociones. Más allá de los problemas explicativos que suponen los enfoques que señalan la manipulación afectiva como variante explicativa[8], el enfoque de arriba-hacia-abajo también muestra un problema metodológico con respecto a la historización de los procesos políticos, y a su entrelazamiento con el análisis del poder. Como señalamos antes, los análisis de este tipo parecen no dar importancia a la historización de los procesos anteriores a los eventos que —traumáticos o no— generan una irrupción de emociones que a su vez canalizan transformaciones políticas. Siguiendo con el caso que hemos reconstruido, ¿no es necesario situar la respuesta estadounidense posterior a los atentados de 2001 dentro del contexto de un ataque masivo a una potencia militar global? Las invasiones a Afganistán e Irak ¿no son parte de un mismo patrón de respuesta militar masiva por parte de un Estado hegemónico? ¿no existe una forma común en la que los Estados Unidos han respondido frente a una amenaza contra su seguridad? ¿no se encuentra el

[8] Sobre el giro afectivo y la cuestión de la manipulación como intermediario entre los individuos y el poder, ver Laleff Ilieff (2024) en este número.

militarismo inscrito en las ideologías de los dos partidos políticos dominantes, así como en la sociedad estadounidense en general? ¿No se inscribe la política militar estadounidense en el Medio Oriente dentro de la estrategia general del "nuevo siglo americano" o la *Pax Americana*, desarrollado por Rober Kagan y William Kristol y adoptado como política oficial del gobierno de Bush-Cheney? Tal vez son estas preguntas, entre otras, las que nos permitan tener en cuenta la importancia de las emociones con relación a otras dimensiones de los fenómenos políticos y en particular para explicar por qué algunas emociones terminan por traducirse políticamente de una manera y no de otra. El miedo, por ejemplo, puede ser una emoción que frente a un trauma adquiera una dimensión política que abogue por el pacifismo en el escenario internacional; esencializar al miedo como el combustible emocional para el militarismo global no parece ser una postura congruente ni en los propios términos del giro afectivo. Por otro lado, Lake (2002) plantea una alternativa con un análisis que invierte la relación anterior al proponer un enfoque de abajo-hacia-arriba. En él supone que los Estados —y los gobiernos— son condicionados por el entorno afectivo en el que se toman las decisiones que afectan a la política internacional. Si bien esta perspectiva permite pensar, por ejemplo, porque los partidos socialdemócratas de Europa Occidental se han mimetizado en sus políticas con las distintas derechas en lo que respecta a la política migratoria, aún queda pendiente entender por qué esas emociones, como el miedo, se codificaron políticamente hacia el racismo y la xenofobia en demandas como el rechazo a los migrantes[9]. Esa pregunta queda todavía abierta, y no parece que haya una respuesta cabal en puertas, al menos desde las intervenciones realizadas hasta el momento desde las corrientes del giro afectivo en el campo de las Relaciones Internacionales.

CONCLUSIONES

Como señalamos en la introducción, al repasar los análisis que intentaron trasladar las inquietudes del giro afectivo en diferentes tópicos de las Relaciones Internacionales nos enfrentamos, sin más, a una serie de aportes no sistemáticos, limitados en su alcance y con cuestiones metodológicos aún sin resolver. Algo incluso reconocido por los propios autores que abogan por una teoría afectiva de la política internacional (Crawford, The Passion of World Politics: Propositions on Emotion and Emotional Relationships, 2000: 155; Bleiker y Hutchison, 2008: 118). Esto nos habla, en primer lugar, de que nos encontramos frente a una vertiente teórica que todavía está en desarrollo. Frente a éstas limitaciones optamos por resumir esas intervenciones a raíz de tres operaciones: primero, en una relectura teórica de la disciplina de las Relaciones Internacionales desde una mirada afectiva; segundo, en cómo se insertan las emociones en las discusiones sobre la agencia en la política internacional y sobre la

[9] Sobre el tratamiento de la derecha radical y sus problematizaciones desde el giro afectivo se recomienda ver Ricci Cernadas (2024), en este número.

unidad central en buena parte de las perspectivas teóricas de las Relaciones Internacionales, el Estado-nación y, tercero, preguntándonos cómo se han analizado los procesos de transformación dentro de la política internacional desde las perspectivas de los afectos y de las emociones. Si podemos hacer un balance general de estas intervenciones, los tres apartados nos permiten hacer un diagnóstico similar que nos obliga a recuperar la pregunta general que funciono como guía en el desarrollo de este artículo: ¿encontramos realizadas en el campo de las Relaciones Internacionales las promesas con las que el giro afectivo se presentó frente a las ciencias sociales y a las humanidades? En líneas generales, concluimos que más que atacar al positivismo y al racionalismo hegemónicos en las teorías de las Relaciones Internacionales, los estudios que buscaron incorporar elementos del giro afectivo en los estudios internacionales han terminado por asistir a los paradigmas teóricos positivistas en la disciplina. La forma en la que se han articulado las preguntas por la relevancia de los individuos, de los afectos y de las emociones en la política internacional parecen, más que agrietar los consensos disciplinares basados en el positivismo, funcionar como un pegamento que intenta sellar las grietas abiertas dentro de los paradigmas racionalistas por parte de un batería de enfoques que podemos agrupar, en términos operativos, bajo la etiqueta de las perspectivas críticas. El olvido de las preguntas por el poder, de sus consecuencias para los procesos de identificación a escala internacional y el borramiento de la reflexión acerca de los sujetos colectivos en las Relaciones Internacionales termina, desde un reduccionismo metodológico centrados en los individuos, por servirse demasiado de aquellas teorías contra las que, en un primer momento, el giro afectivo había alzado su crítica. El "rescate" del lugar de las emociones en las corrientes teóricas clásicas de las Relaciones Internacionales habilitó, al mismo tiempo, una convalidación de una serie de supuestos que no son debatidos ni problematizados desde las intervenciones del giro afectivo en la disciplina, como por ejemplo ocurre con la visión materialista del poder en el espacio internacional, con la herencia colonial y las prácticas continuas del imperialismo en el espacio internacional, con la configuración de identidades colectivas transnacionales que erosionan los análisis centrados únicamente en la actividad exterior de los Estados como primer y último fundamento para los estudios internacionales, o frente a la construcción simbólica de geografías de poder y usos del espacio.

Lo anterior no quiere decir que no estemos de acuerdo con Immanuel Wallerstein (1995) a la hora de señalar que sólo los abordajes multidisciplinarios pueden comprender de forma integral a los fenómenos políticos contemporáneos, y en particular los que rotulamos como inherentemente internacionales. Pero esto no significa que, en búsqueda de una novedad epistémica, podamos entender a la política internacional sólo como una sucesión histórica de desplazamientos emocionales. Incluso, creemos que es una disciplina como las Relaciones Internacionales un espacio óptimo para teorizar ya no sobre qué son las emociones, si no sobre qué hacen las emociones y qué efectos generan en las relaciones políticas. Pero, en ese mismo sentido, explorar la implicancia de las emociones no puede convertir en prescindible al

análisis de las relaciones de poder en la configuración del ámbito internacional de lo político, ni desatender el trabajo teórico que desde hace décadas busca descentrar a la disciplina de las Relaciones Internacionales de su matriz positivista, cuando no abiertamente conservadora. Está claro que coincidimos con el diagnóstico general con los que las intervenciones desde le giro afectivo se han presentado en estas intervenciones: el afecto y las emociones sí son importantes para la política internacional, y cómo los individuos "sienten" el mundo que los rodea es una dimensión relevante para cualquier análisis que busque explorar la conformación de identidades políticas a escala trasnacional, así como las relaciones de poder que en ellas se fundan. Dicho esto, encontramos un problema en los análisis que sobredeterminan al afecto y a las emociones a la hora de analizar la política mundial y explicar sus procesos.

Sin una perspectiva que vincule a los estudios más generales sobre el poder, los procesos identitarios trasnacionales, y las fuerzas sociales que configuran el estatus "político" del espacio internacional, se corre el riesgo de caer bajo un vacío teórico que sólo sería rellenable por el carácter indefinido de las emociones, o por los actos de manipulación política. Si las perspectivas abiertas por el giro afectivo guardan la capacidad de complejizar los análisis de lo político, es debido a que entendemos que su potencia radica en acoplarse, parafraseando libremente la fórmula de Michel Foucault, a un complejo de poder-saber-sentir. O, en todo caso a un paradigma que, como sugiere Leonor Arfuch (2016), nos permita pensar de qué manera los eventos políticos que tensionan las fronteras de los Estados y que los convierten en fenómenos globales —la primavera árabe, las movilizaciones contra la austeridad, el auge global de la ultraderecha contemporánea— suponen del encuentro de individuos que, movilizados por procesos que comprenden a las emociones, se encuentran en el espacio público y construyen identidades políticas, tanto nacionales como trasnacionales, a través de la articulación política. Vincular al sentir con el complejo poder-saber puede ser una línea de investigación más que interesante para incorporar la pregunta por los afectos y las emociones en las Relaciones Internacionales. Lo que no podemos perder de vista, recordando la advertencia de Ruth Leys (2011), es que tan importante como incorporar los procesos afectivos para el análisis de cualquier dimensión de lo social son los análisis de los objetos que causaron esos procesos en una primera instancia. De cualquier manera, encontramos que es necesario tomar con extremo cuidado cualquier perspectiva de análisis que pueda suponer, aún sin quererlo abiertamente, un retroceso teórico-disciplinar hacia algunos de los postulados centrales del positivismo al desestimar las discusiones que las distintas corrientes críticas —desde el neomarxismo hasta el posestructuralismo— han formulado desde hace décadas. Detrás de esas concesiones teóricas se esconden, además de afectos y emociones, bases epistémicas desde las que se ponen en juego distintas formas de aproximarse, de comprender y de explicar la política global, así como de sus perspectivas de cambio y transformación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Solana, M. (2020). Afectos y emociones. ¿una distinción útil? Revista Diferencia(s), N. 10, 29-40.

Ross, A. (2013). Mixed Emotions. Beyond Fear and Hatred in International Conflict. Chicago: Chicago University Press.

Davidson, J., Bondi, L. y Smith, M. (2006). Introduction: Geography's 'Emotional Turn'. En J. Davidson, L. Bondi y M. Smith, Emotional Geographies (pp. 1-15). Londres: Routledge.

Morgenthau, H. J. (1985 [1948]). Politics among Nations: The Struggle for Power and Peace. New York: Knopf.

Wright, Q. (1965 [1942]). A Study of War. Chicago: Chicago University Press.

Fearon, J. D. (1995). Rationalist Explanations for War . International Organization, Vol. 49, No. 3, 379-414.

Waltz, K. N. (1979). Theory of International Politics. Massachusetts: Addison-Wesley Publishing Company.

Mearsheimer, J. (2001). The Tragedy of Great Power Politics. New York: W. W. Norton & Company.

Schuett, R. (2007). Freudian roots of political realism: the importance of Sigmund Freud to Hans J. Morgenthau's theory of international power politics. History of the Human Sciences. Vol. 20(4), 53-78.

Keohane, R. (1990b). Empathy and International Regimes. En J. J. Mansbridge, Beyond Self-Interest (pp. 227-236). Chicago: Chicago University Press.

Barreto, J.-M. (2011). Rorty and human rights. Contingency, emotions and how to defend human rights telling stories. Ultrecht Law Review, Vol. 7, Issue 2, 93-112.

Keck, M. E. y Sikkink, K. (1998). Activist Beyond Borders. Advocacy Networks in International Politics. Ithaca: Cornell University Press.

Merry, S. E. (2006). Transnational Human Rights and Local Activism: Mapping the Middle. American Anthropologist, 108(1), 38-51.

Nye, J. S. (2004). Soft Power: The Means to Success in World Politics. New York: Public Affairs.

Pereyra Doval, G. (2015). El estudio de la Identidad en las Relaciones Internacionales. El constructivismo como "solución" teórica temporal. Enfoques XXVII (1), 127-142.

Cuadro, M. (2010). De identidades y relaciones internacionales: crítica al constructivismo, relaciones de poder y el lugar de los intereses nacionales. V Congreso de Relaciones Internacionales (pp. 1-11). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Wendt, A. (1999). Social Theory of International Politics. Cambridge: Cambridge University Press.

Wendt, A. (2004). The state as person in international theory. Review of International

Studies, 30, 289-316.

Baldacchino, J.-P. (2011). The eidetic of belonging: Towards a phenomenological psychology of affect and ethno-national identity. Ethnicities 11(1), 80-106.

Bially Mattern, J. (2014). On being convinced: an emotional epistemology of international relations. International Theory, 6(3), 589-594.

Edkins, J. (2004). Ground Zero: reflections on trauma, in/distinction and response. Journal for Cultural Research 8 (3), 247–70.

Berenskötter, F. y Mitrani, M. (2022). Is It Friendship? An Analysis of Contemporary German–Israeli Relations. International Studies Quarterly, Volume 66, Issue 1,, 1-13.

Eznack, L. (2011). Crises as Signals of Strength: The Significance of Affect in Close Allies' Relationships. Security Studies, 20, 238-265.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2010 [1988]). Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-textos.

Massumi, B. (2002). Parables for the Virtual. Movement, Affect, Sensation. Durham: Duke University Press.

Sassen, S. (2007). Una sociología de la globalización. Madrid: Katz.

Lake, D. A. (2002). Rational Extremism: Understanding Terrorism in the Twenty-first Century. Dialogue IO, 1(1), 15-28.

Gold, D. (2015). The Politics of Emotion: A Case Study of the Israeli-Palestinian Conflict. Israel Studies Review, 30(2), 113-129.

Fierke, K. (2004). Whereof we can speak, thereof we must not be silent: trauma, political solipsism and war. Review of Internatioanl Studies, 30, 471-491.

Wallerstein, I. (1995). Abrir las ciencias sociales. Ciudad de México: Siglo XXI.

Leys, R. (2011). The Turn to Affect: A Critique. Critical Inquiry, 37(3), 434-472.

Arfuch, L. (2016). El "giro afectivo". Emociones, subjetividad y política. deSignis, vol. 24, 245-254.

Haber, M. (2020). Vol 1, No 10 (2020) > ¿Qué es el giro afectivo? Revista Diferencia(s), N. 10, 13-16.

Seigworth, G. J. y Gregg, M. (2010). An Inventory of Shimmers. En M. Gregg y G. J. Seigworth, The Affect Theory Reader (pp. 1-28). Duke: Duke University Press.

Berlant, L. (1997). The Queen of America Goes to Washington City. Essays on Sex and Citizenship. Duke: Duke University Press.

Berlant, L. (2011). El corazón de la Nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Clément, M. y Sangar, E. (2018). Maéva Clément, Eric SangarIntroduction: Methodological Challenges and Opportunities for the Study of Emotions. En M. Clément y E. Sangar, Researching Emotions in International Relations. Methodological Perspectives on the Emotional Turn (pp. 1-29). Londres: Palgrave Macmillan.

Hutchison, E. (2016). Affective Communities in World Politics. Collective Emotions after Trauma. Cambridge: Cambridge University Press.

Ahmed, S. (2004). The Cultural Politics of Emotion. Edinburgh: Edinburgh University Press.

Lucas, S. (2009). Mobilizing Fear: US Politics Before and After 9/11. Review of International American Studies, N. 3, 25-34.

Crawford, N. C. (2000). The Passion of World Politics: Propositions on Emotion and Emotional Relationships. International Security, Vol. 24, No. 4, 116-156.

Keohane, R. y Nye, J. S. (1987). Power and Interdependence Revisited. International Organization, Vol. 41, No. 4, 725-753.

Freyberg-Inan, A. (2006). Rational Paranoia and Enlightened Machismo: The Strange Psychological Foundations of Realism. Journal of International Relations and Development, 9, 247-268.

D'Aoust, A.-M. (2014). Ties that Bind? Engaging Emotions, Governmentality and Neoliberalism: Introduction to the Special Issue. Global Society, 28(3), 267–276.

Keohane, R. (1990). Multilateralism: An Agenda for Research. International Journal, 45(4), 731-764.

Lindemann, T. (2014). Interest, passion, (non)recognition, and wars: a conceptual essay. Global Discourse, Volume 4(4), 483-496.

Ross, A. (2013b). Realism, emotion, and dynamic allegiances in global politics. International Theory, Volume 5, Issue 2, 273-299.

Ariffin, Y. (2016). Introduction: How Emotions Can Explain Outcomes in International Relations. En Y. Ariffin, J.-M. Coicaud y V. Popovski, Emotions in International Politics: Beyond Mainstream International Relations. (pp. 1-20). Cambridge: Cambridge University Press.

Hayden, C. (2012). The Rhetoric of Soft Power: Public Diplomacy in Global Contexts. Lanham: Lexington Books.

Bially Mattern, J. (2005). Why `Soft Power' Isn't So Soft: Representational Force and the Sociolinguistic Construction of Attraction in World Politics. Millennium, Vol. 33(3), 583-612.

Solomon, T. (2014). The affective underpinnings of soft power. European Journal of International Relations, 20(3), 720-741.

Naudé, B. (2017). ‘States have emotions too’: an affect-centred approach to South African foreign relations. South African Journal of International Affairs, Vol. 23(4), 475-493.

Bondi, L., Davidson, J. y Smith, M. (2006). Introduction: Geography's ‘Emotional Turn'. En L. Bondi, J. Davidson y M. Smith, Emotional Geographies (pp. 1-16). New York: Routledge.

Ross, A. (2006). Coming in from the Cold: Constructivism and Emotions. European

Journal of International Relations, 12(2), 197-222.

Edkins, J. (2003). Trauma and the Memory of Politics. Cambridge: Cambridge University Press.

Mercer, J. (2014). Feeling like a state: social emotion and identity. International Theory, 6(3), 515-535.

Stein, J. (2013). Threat perception in international relations. En L. Huddy, D. O. Sears y J. S. Levy, The Oxford handbook of political psychology (pp. 364-394). Oxford: Oxford University Press.

Hall, T. H. y Ross, A. A. (2015). Affective Politics After 9/11. International Organization, 69(4), 847-879.

Bleiker, R. y Hutchison, E. (2008). Fear no more: emotions and world politics. Review of International Studies, 34(S1), 115-135.

Hall, T. (2012). Sympathetic States: Explaining the Russian and Chinese Responses September 11. Political Science Quaterly, 127(3), 369-400.

Wolin, S. S. (2004). Politics and Vision: Continuity and Innovation in Western Political Thought. Princeton: Princeton University Press.

Northcott, M. (2012). The Liberalism of Fear and the Desire for Peace. En P. Hoggett y S. Thompson, Politics and the Emotions. The Affective Turn in Contemporary Political Studies (pp. 61-78). New York: Bloomsbury Publishing Inc.

SOBRE EL AUTOR

Leonardo Frieiro

lfrieiro@sociales.uba.ar

Licenciado en Ciencia Política (UBA). Magíster en Estudios Internacionales (UTDT). Doctorando en Ciencias Sociales (UBA). Becario doctoral del CONICET con asiento en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG). Miembro del Grupo de Estudios en Subjetivación y Orden Político (GEOP).